

LISTA Y ARAGÓN, ALBERTO (1775-1848)

POESÍAS PROFANAS

I

A la Restauración de Buenos Aires en .

¿Quién roba de mi cítara suave
las rosas, que algún día
Venus, Cupido y Febo le ciñeron?
¿Cuál numen soberano me presenta
el lauro refulgente,

en vez del mirto que adornó mi frente?

Dulce cantar, del corazón delicia,
himnos, que di engañado
un tiempo a la beldad perecedera,
huid con su ilusión: que ya sublime

con generoso anhelo
al arduo templo de la gloria vuelo.

¿Qué nuevo grito de victoria escucho
girar por su alta cumbre?
¿Es el scita feroz, de quien el trace

ya acobardado y fugitivo tiembla?
¿Es el galo animoso,
del Vístula y del Albis victorioso?

Mas, ¡oh! que desde el margen apartado
del Paraguay inmenso

vuela sobre los golfos de occidente:
victoria, clama, a la indomable España;
y el eco repetido
la playa aterra de Albión vencido.

¿Dó está la fuerza y el orgullo osado,

que el piélago espumoso
abrumó con mil naves? Si soberbio
al dilatado mar impone leyes,
ya entre sus turbias olas
huye de las banderas españolas.

Tú en tus murallas dominar los viste,
metrópoli opulenta,
reina del Paraguay; cual pronto brilla
relámpago veloz, y luce apenas,
cuando a la parda nube,

a sepultarse entre sus sombras, sube.

De la traición, no del valor vencida
su yugo padeciste:
allí cantaron himnos de victoria
los fieros de Albión: de tus tesoros

su codicia saciaron,
y el cetro de la América empuñaron.

Empero ¿cuál cohorte valerosa
a tus muros se acerca?
Llega, combate, aterra: el orgulloso,

que nuevos triunfos de ambición soñaba,
humilde gime ahora,
y la piedad del vencedor implora.

Ilustres vencedores, ya respira
la América angustiada:

ya el tirano del húmido tridente
huye al seno del mar; y un solo día,
una sola victoria
os sublima al alcázar de la gloria.

Mas ¡ay! velad: no el sueño del descanso

funesto os sorpreenda
a la sombra falaz de los laureles.
¿No veis cruzar por el cerúleo estrecho
las naves empinadas,

de muerte y de furores recargadas?

¡Ay! que ya de guerreros nuevo enjambre,
en ira y rabia ardiendo,
la tierra infesta apenas libertada.
¿No oís tronar el bronce, hervir el golfo?
¿No veis al golpe duro

cuál se desploma el tresdoblado muro?

Ya la mal defensible fortaleza
cayó que os guarecía,
tristes pueblos: doblad, doblad la frente
al fiero vencedor. El yugo impío,

que os imponga orgulloso,
haga la sumisión menos gravoso.

Sí; que ya marcha en escuadrón cerrado
de innumerable gente,
no a lidiar, a rendir: viene en su furia

imágenes sombrías meditando
de robo y de matanza,
a saciar su rencor en la venganza.

Volvieron, sí: mas en la lucha fiera
otra vez encontraron

hijos de España. El rayo de Mavorte
brilla en sus diestras: las guerreras frentes,
coronadas de gloria,
ciñe el sacro laurel de la victoria.

El pueblo, sus hogares defendiendo,

al soldado se iguala,
y el soldado a los héroes: trueno ardiente
el cañón, y en mil ecos alternado
su horrísono estallido,
dilata hasta los Andes el sonido.

En sus armas y número confía
el escuadrón britano,

y ardiendo en saña el animoso ibero,
en su constancia y su valor. La patria
ve expuesta al trance fuerte,

y arrostra por su amor la cruda muerte.

Cayó el tirano en fin: ¡victoria a España!
¡a los ilustres hijos
del Ebro y Tajo inmarcesible gloria!
¿acaso siempre triunfará el impío?

El hispano ardimiento
¿cederá al genio de Albión sangriento?

¡Ah! no: aquellos valientes en un día
las victorias vengaron
que el envidioso mar robó a la España.

De Trafalgar los manes insepultos
las playas recorrieron,
y en la lid sus espadas dirigieron.

¡Pueblo español! tres siglos de infortunio,
de esclavitud horrenda,

a mancillar tu gloria no han bastado:
el valor, la constancia es tu divisa;
y esclavo o soberano,
la suerte tuya fijará tu mano.

Las águilas del Tíber, los enjambres

del Báltico() nevoso,
y el árabe feroz y mil tiranos
pasaron; mas tú augusto, entre ruinas
de un trono y otro hundido,
sobrenadas al tiempo y al olvido.

¿Cuál tu suerte será? Si tu cadena
alguna vez rompieses,
y esa constancia indómita animase
la santa libertad, ¡ay! aquel día
en sempiterno abismo

se hundirá el insolente despotismo.

Sobrevivió del galo a los furores:
el taciturno isleño
al mar lo desterró; viciosa Italia
sobre el altar que le erigió, lo mofa:

mas su postrer ruina
al denodado ibero se destina.

II

La victoria de Bailén.

Tronó la alzada cumbre de Pirene,
y sobre el suelo hispano
lanzó horrorosa nube de asesinos;
y las madres de Iberia al triste pecho
los hijos estrecharon,

y piedad y venganza reclamaron.

Pasa el dorado Tajo y las vertientes
del Mariano monte
la caterva sin ley. Nuevas matanzas
viene y nuevos destrozos meditando;

y en su furor sañoso
dijo entonces el bárbaro orgulloso:

«Venid, y en la florida Andalucía
de oro y sangre saciemos
nuestros sedientos pechos. Sus varones:

¿no sois los invencibles que llevaron
muerte, luto y ruina
del Rin a la remota Palestina?»

«Mirad vuestros laureles. Reteñidos
están de sangre humana,

y de inocente lloro salpicados.
Teñidlos más y más: que gima el hombre:
la Bética asolada

nuevos triunfos reserva a nuestra espada.»

«Y ¿qué, la España aclaman y Fernando

esa mísera gente?

¿El yugo esquivan que se digna darles
el gran Napoleón? ¡Necios! perezcan;
y allá en la tumba fría
los laureles recuerden de Pavía.»

Así dijo aquel fiero, que tendiera
sobre el Arno florido
los silenciosos velos de la muerte.
No olvidarás, Arezo, su barbarie,
ni tú, playa tirrena,

de cuerpos muertos de tus hijos llena.

Y marcha, y sobre el Betis centellea
el águila ominosa
y en los muros de Córdoba asolada:
el campo hermoso, que la estéril nieve

burló de enero yerto,
el horrible cañón vuelve en desierto.

Mas ¡oh! ¿cuáles banderas se desplegan
contra el águila altiva?
Forjóse el rayo en el ardiente seno

de Híspalis la leal: ya despedido,
venganza amenazando,
los aires que atraviesa, va quemando.

¿Huyes, fiero? ¿ya tiembles? ¿Nuevo enjambre
de bárbaros no miras

que sangre y oro enfurecidos claman?
¿Huyes, y el ancho Betis interpuesto
y la sierra fragosa
aún no aseguran tu crueldad medrosa?

Espanoles, volad: hijos de Marte,

que el Ganges y el ocaso

hicisteis resonar con vuestro nombre,
volad; arrebatad a esos perjuros
sus laureles odiosos,
a la mísera Europa tan costosos.

Castaños inmortal, nombre de triunfo,
dulce alumno de Palas,
y querido de Marte, a ti encomienda
su justa causa España: la victoria
tus estandartes guía,

y su temido rayo te confía.

A la gloria conduce y la pelea
la juventud ardiente,
que el sol occidental benigno mira.
Esgrima, esgrima el paternal acero,

que de sangre agarena
tiñó mil veces la española arena.

Marchas, guerrero; y lentitud prudente
los ímpetus enfrena
de ese escuadrón de héroes: al soberbio,

que en su terror afecta despreciarte,
tus fuerzas ocultando
la inevitable tumba vas labrando.

Así vuela tal vez cándida nube,
cuyos bordes colora

el sol naciente de risueña grana,
cuando la tempestad horrible lleva
contra el cielo sereno,
el rayo asolador ruge en su seno:

o cual águila augusta, que divisa

la garza descuidada
en la otra parte del tendido cielo,
sube tranquila a la región suprema,
donde el viento enmudece,
y en el alto cenit audaz se mece;

ve y se complace en la segura presa,
y más veloz que el rayo
rápida por los aires se desprende,
el redoblar de sus batientes alas
a lo lejos resuena,

y de triste pavor las aves llena.

Así glorioso con torcida marcha,
que el mismo Marte guía,
el enemigo bando acometiste;
y avaro así de la española sangre,

el laurel de tu gloria
no manchará los fastos de la historia.

¿Quién sube por el Betis? ¿quién terrible
el defendido paso
rompe ya de Mengíbar? ¿Quién asciende

a las alturas de Bailén y al campo,
do humea todavía
del sarraceno infiel la sangre impía?

Y ¿qué, Dupont, vacilas? La alta sierra
te niega sus gargantas,

por sus audaces hijos defendidas.
¡Mísero! ¿dónde irás? Tienes delante
cabe el Betis undoso
al fuerte ibero de tu sangre ansioso.

Huye, infelice, huye: negra noche,

escudo de malvados,
cubre en tu horror su vergonzosa fuga:
mas ¡ay! que en tu camino se interpone
nuevo escuadrón valiente
que rendirte o morir solo consiente.

Truena el cañón: del monte despedido
el horrisono estruendo
las campiñas del Betis vas llenando;
y entre el rumor del parche estrepitoso

desolación y guerra

anuncia atroz a la afligida tierra.

Mas ¡oh! cede el impío: la fiereza
y el orgullo altanero
postra al valor del inmortal Castaños:
yace abatida el águila rapante,

terror de las naciones,
al pie de nuestros fuertes escuadrones.

¡A Castaños victoria y a la patria!
¡A los hijos valientes
del almo Betis gloria inmarcesible!

¿De España acaso triunfará el impío?
El ibero ardimiento
¿sabrá humillarse al opresor violento?

¡Ah! no. Allá triunfe sobre el Rin nevado,
o cual tigre rabioso

en las selvas del Vístula() domine
o al otomano estúpido, que el yugo
trueca ledo y tranquilo,
fácil sojuzgue en el remoto Nilo.

Guerreros valerosos, en un día

vengasteis los baldones,
con que el tirano envileció la España:
del mayo infando las llorosas sombras
en la tumba se alzaron,
y al vengador ilustre saludaron.

No, no es inútil la vertida sangre,
ni el valor desgraciado,
que la fortuna injusta no corona.
La sangre de Leónidas fue a los persas
la señal de ruina,

y los lauros regó de Salamina.

Vive, glorioso vengador: tu nombre

tiembla el galo vencido,
y venera la Europa belicosa:
Vandalia, madre antigua de guerreros,

su claro honor te llama
y España libre tu valor aclama.

¡España, España! ¡amada patria mía!
¡patria de los valientes
que el largo oprobio de tu faz borraron!

Cuando tu afecto de mi pecho salga,
mi cantar abatido
sepúltese en el polvo del olvido:

ni en las umbrosas faldas de Helicon
honor tenga mi lira,

y mustio de mi frente envilecida
caiga el laurel sagrado de los vates,
cuando a tu excelsa gloria
el cántico no entone de victoria.

¡Oh patria! ¡nombre amado, que al oírlo

las almas enajena!
¿Quién no se goza en tus gloriosos triunfos?
¿Cuál es el corazón de duro bronce,
que tus males no llora,
ni al bienhechor que te defiende, adora?

¡Hijos de España! ¡pueda el canto mío
vuestras heroicas almas
enardecer! Al campo de la muerte
volad; y los fortísimos aceros,
de la patria esperanza,

esgrimid por su gloria y su venganza.

III

A las ruinas de Sagunto.

Salve, oh alcázar de Edetania firme,
ejemplo al mundo de constancia ibera,
en tus ruinas grandiosa siempre,
noble Sagunto.

No bastó al hado que triunfante el peno

sobre tus altos muros tremolase
la invicta enseña, que tendió en el Tíber
sombra de muerte,

cuando el Pirene altivo y las riberas,
Ródano, tuyas, y el abierto Alpe

rugir le vieron, de la marcia gente
rayo temido.

El raudo Trebia, turbio el Trasimeno
digan y Capua su furor: Aufido
aún vuelca tintos de latina sangre

petos y grebas.

Digno castigo del negado auxilio
al fuerte ibero: que en tu orilla, oh Turia,
pudo el romano sepultar de Aníbal
nombre y memoria.

Pasan los siglos, y la edad malvada
y el fiero tiempo con hambriento hierro
gasta, y la llama de la guerra impía,
muros y tronos;

mas no la gloria muere de Sagunto:

que sus ruinas del fatal olvido
yacen seguras, más que tus soberbias,
Rómulo, torres.

Genio ignorado su ceniza eterna
próvido asiste: que infeliz, vencida

más gloria alcanza, que el sangriento triunfo
da a su enemigo.

Resiste entera tu furor, oh peno:
para arruinada tu furor, oh galo:
lucha y sucumbe, de valor constante

digno modelo.

A la fortuna coronar no plugo
su santo esfuerzo; mas la antigua injuria
sangrienta Zama, Berezina helado
venga la nueva.

IV

En loor de Druso.

Traducción de Horacio.

Como el ave, del rayo devorante
ministradora fiel, a quien benigno
el Dios mayor de las olimpias sedes
sobre los aires y la grey volante
le concedió el imperio, (premio digno

al robo del purpúreo Ganimedes)
joven ya, mas de empresas ignorante,
huye el risco natío
a do la impele el heredado brío;

y al ahuyentar las brumas heladoras

el vernal viento, que florece el año,
del no usado volar la da enseñanza,
meciéndola en las alas tembladoras;
ora enemiga al tímido rebaño
sobre el redil con ímpetu se lanza,

ora contra serpientes luchadoras
ardiente la espolea
el amor de la presa y la pelea:

o bien cual en los prados florecientes

al sabroso pacer la cabra atenta

del pecho de la roja madre mira
separado al león probar sus dientes
oye el rugido, y mísera se cuenta
primera presa a su inexperta ira;
así, Druso, del Alpe en las vertientes

guerrear victorioso
te vio el grisón y el bávaro selvoso.

El bávaro feroz, la diestra armada,
cual amazona, de segur luciente:
quién en sus selvas la esgrimió el primero,

Musa más docta lo dirá; ni es dado
investigarlo todo a humana mente.
Vencedor largo tiempo el pueblo fiero
las márgenes corrió del Rin nevado;
mas ya gime vencido

a los pies del mancebo esclarecido.

Y prueba cuánto en nobles corazones
puede la ilustre condición, criada
bajo faustos auspicios: cuánto inspira
su valor en los jóvenes Nerones

de Augusto el alma paternal. Copiada
el fuerte su virtud gozoso mira
en hijo fuerte: heredan los bridones
y el novillo animoso
de sus padres el ímpetu fogoso.

Débil paloma el águila atrevida
jamás engendrará; mas la enseñanza
los generosos pechos robustece,
y la innata virtud, que allí se anida,
del futuro valor alta esperanza,

brotó a su sabia voz. Do quier fallece
la santa norma de inculpable vida,
maldad corrompedora
las bien nacidas índoles desdora.

Cuánto debes, oh Roma, a los Nerones

diga vencido Asdrúbal y el Metauro,
y aquel sereno y delicioso día,
gloria de los latinos campeones,
que primero brilló con noble lauro,
desde que el hijo de Cartago impía

voló por los ausonios torreones,
cual llama por las teas
o el euro por las ondas ciclopeas.

De entonces prosperaron vencedores
los jóvenes romanos, y en las aras,

que la impía guerra devastó, se alzaron
para siempre los dioses protectores.
Clamó Aníbal: «¡oh, nunca tú lidiaras,
peno infeliz, cual ciervos, que insultaron
para su mal los lobos agresores;

cuando triunfo sería
evitar con ardides su osadía!»

«Esa nación valiente, que agitada,
desde la teucra playa a la latina
robó a la hoguera de Ilión famosa

hijos, padres y dioses, rodeada
de muerte y de peligros, cual la encina
en la cumbre del Algido sombrosa
por tenaces segures desmochada,
fuerza y valor adquiere

del enemigo acero que la hierde.»

«No más feroz contra el cansado Alcides
la hidra lerneá recreció cortada,
ni mayor monstruo dio la infanda Tebas.
Arde, y madre de fuertes adalides

nace mas bella. Véncela, y osada
aterra al vencedor: con fuerzas nuevas
batallará gloriosa nuevas lides,
que aplaudan las romanas
y lloren las esposas mauritanas.»

«No ya, Cartago, de la espada mía
nuevos triunfos oirás: pueblo africano,
tu esperanza y fortuna ya fenece,
y fue el de Asdrúbal tu funéreo día.»
A un Claudio ¿qué hay difícil? del romano

Júpiter protector, los favorece;
y el consejo y la ingénita osadía
sus empresas corona
en los sañudos trances de Belona.

V

A Baco.

Traducción de Horacio.

Vi a Baco, sí, (generación futura,
tú lo crearás) que en ásperas guaridas
cánticos a las ninfas enseñaba:
por la densa espesura
sus orejas erguidas

el caprípede sátiro mostraba.

¡Evad!() aún tiemblo del pavor reciente;
mas temblando palpita complacido
mi corazón, que el Dios ha subyugado.
Piedad, Baco potente,

piedad: ya estoy rendido;
temible, oh tú, del grave tirso armado.

¡Ah! puedo ya las tíadas salaces
cantar, del vino la escondida fuente,
la dulce leche en abundosos ríos,

y las mieles fugaces,
que el tronco refulgente
destiló de sus cóncavos vacíos.

Cantaré de tu esposa afortunada
la corona nupcial, que lucir veo,

gloria añadida a la mansión divina;
y a tu voz asolada
la casa de Penteo,
y del tracio Licurgo la ruina.

Tú el golfo, tú las bárbaras riberas

domaste: tú beodo en apartadas
cumbres de las bistónides sañudas
las densas cabelleras,
al hombro derramadas,
con inocentes víboras anudas.

Tú, cuando por montañas eminentes
el bando de terrígenas impío
el Olimpo escaló, de garra armado
y de leoninos dientes,
en el Cocito umbrío

a Reco el fiero derribaste osado.

Aunque no de guerrero esclarecido
renombre hubieses, Dios de los placeres,
de la festiva danza y los solaces,
no en combates temido:

mas tú, glorioso eres
árbitro de la guerra y de las paces.

De áurea punta la frente coronando
te vio el Cerbero en la tartárea roca:
muere el ladrido en su feroz garganta,

y manso coleando
con la trilingüe boca
halagó, al irte, tu divina planta.

VI

Viaje de Virgilio.

Traducción de Horacio.

Así la amable diosa,
que reina en Chipre, así su luz serena
te den, nave preciosa,
los dos hermanos de la bella Helena;
y desatando el aura deliciosa,

el padre de los vientos soberano
enfrene a los demás el vuelo insano.
¡Ay! mi Virgilio, prenda a ti cedida,
y que debes volver, entrega sano
a la cecropia arena,

y en él la mitad guarda de mi vida.

De diamante formado
el pecho tuvo y de robusto acero
quien al piélago airado
un leño frágil entregó primero.

Ni temió el austro altivo desatado
contra el fiero aquilón, ni las lluviosas
Híadas, ni las furias procelosas
del noto, que en el Adria siempre manda,
bien encrespe sus olas espumosas,

o bien manso y ligero
restituya a la mar su quietud blanda.

Al mortal atrevido
¿qué riesgo espantará, cuando sereno
vio el golfo embravecido

de escollos y nadantes fieras lleno?
En vano Jove el mundo dividido
ciñó con océano dilatado,
que apartase los hombres, y alterado
enfrenase su intrépida osadía,

si a su pesar del piélago negado
el más remoto seno
atraviesa veloz la nave impía.

De sosiego impaciente
y ansiosa de su mal, feroz y osada

la sacrílega gente
se precipita a la maldad vedada.
El hijo de Jápeto el rayo ardiente
robó del sol: su fraude pernicioso
siguió de males escuadrón sañoso,

que la tierra oprimió con rabia fiera,
y la muerte, que en paso perezoso
la ley nunca evitada
cumplió primero, abrevia su carrera.

Surcó Dédalo el viento

con alas al mortal no concedidas:
el Orco macilento,
mansiones por las furias defendidas,
Hércules penetró con firme aliento.
Nada es difícil al orgullo humano:

ya desde el Osa con furor insano
al mismo cielo se atrevió primero:
ni permite que Jove soberano
las iras merecidas
deponga, ni su rayo justiciero.

VII

A la lira.

Traducción de Horacio.

Si alguna vez de afanes olvidado,
las selvas, oh mi lira encantadora,
halagué dulce con tu voz sonora
al importuno vulgo retirado;
yo te ruego que ahora

versos entones, que a la edad presente
vivan, y aplauda la futura gente.

Oh tú, del alto cielo concedida
por vez primera al lesbio ciudadano;
y bien entre el furor de Marte insano

la hostil falange en vergonzosa huida
sintió su fuerte mano,
o bien libre del piélago sañoso,
logró cansado el puerto venturoso:

siempre en himnos gozosos ensalzaba

a Baco, y a las Musas, y a Cupido,
y a Venus, cuyo nombre repetido
con el del Niño ciego celebraba;
y a su joven querido,
hermoso por lo negro del cabello,

y por sus negros ojos dulce y bello.

Salve, alegre consuelo de mis males
del abatido corazón reposo,
de Febo honor, de Jove poderoso
hechizo en los banquetes celestiales;

salve: mi labio ansioso
con solemne oración do quier te invoca
y pide el fuego que a cantar provoca.

VIII

A las Musas.

Doctas Pimpleas, que las verdes faldas
moráis alegres del feliz Parnaso,
donde Castalia su inspirante onda
vierte suave;

Sed a mi canto fáciles, el día,

que vuestros dones celebrando grato,
del padre Betis el laurel frondoso
ciño a mi lira.

¿Y cuál primera mi atrevido acento
dirá a Vandalia, de canoros cisnes

madre fecunda, del divino Herrera
madre gloriosa?

Tú, Melpómene, del puñal infausto
la diestra armada, que al feroz guerrero
luciente aterra, cuando cae del hado

víctima triste;

o bien, Urania, de tu voz celeste
arrebatado, y la mansión etérea
diré de Jove, y el poder que temen
hombres y dioses:

que si fulmina su indignada diestra,
sobre los polos del excelso Olimpo
tiembla el palacio, la cabaña humilde
tiembla de Baucis.

Ya de Polimnia los festivos coros

seguiré alegre, cantaré las selvas
tuyas, oh Euterpe; o la que al vicio azota
Musa maligna.

Tú, dulce Erato, de mi amante pecho
nunca olvidada: que si bien los años

con triste hielo mi rugosa frente
ciñen y enfrían,

en otro tiempo me cediste el arpa,
donde resuenan tiernos los amores;
y el blando canto las hermosas ninfas

gratas oyeron.

Debí a tus dones en mi edad primera
gozos amables: rápidos volaron;
mas su memoria plácida tristeza
vierte a mi seno.

Tú, Musa augusta, que con santo plectro
muestras al hombre la virtud hermosa,
a ti mi lira, mi postrer aliento
rindo y dedico.

Por ti los muros de la antigua Tebas

levantó osada la anfionia lira;
por ti siguieron al ismario Orfeo,
montes y fieras:

por ti Delille, tierno y delicado,
gloria es del Sena: Pope más severo

por ti en la cumbre de Helicón sagrada
goza renombre.

Tú, dulce Clío, mi ferviente ruego
oye benigna: desusado canto
y audaz emprendo, que del sacro Betis

pare las ondas.

IX

A la juventud estudiosa de Cádiz.

Del almo Pindo la mansión gozaba
el coro virginal, amor de Apolo,
en no turbada paz: sus dulces selvas
con primavera eterna florecían.
Titán subiendo del rosado oriente

a dispensar su luz al universo,
con más sereno ardor, más pura lumbre
bordó su cima, y a las caras hijas
más halagüeño coloró el semblante.

Allí en augusta tropa los sombríos

bosques y las lauríferas orillas

los coronados vates paseaban.
Bajo frondosa vid la cana frente
de pámpano ceñida, los amores
entonaba y de Baco el don suave

el tierno Anacreón: en torno ledas
le escuchaban las gracias bulliciosas.
Aquí el tebano Píndaro rodea
del sacro lauro las dichosas sienes
al vencedor olímpico: sañuda

de Homero más allá suena la trompa,
y el fiero Marte canta y los combates.

Mas súbito de nieblas coronado
tronó el setentrión: el ronco estruendo
oyó el mar de la Sirte, y «guerra y muerte,»

clamó el godo feroz, clamó el lombardo.
Roma tiembla: las madres pavorosas
al seno estrechan la inocente prole.
Densa nube de bárbaros se arroja
de las playas del báltico nevado

sobre las dos Hesperias. Grecia gime,
nada en sangre, sepúltase en ruinas
el esplendor de sus divinas artes.
Tímido el coro de las dulces Musas
al padre Apolo los llorosos ojos

vuelve pidiendo en su aflicción consuelo.
De las trémulas manos cae la lira
al lesbio y al latino: Anacreonte
huye dejando sobre el yermo suelo
la pampínea guirnalda. Sus gemidos

oprime el son de la homicida trompa.
Febo entonces el velo tenebroso
rompió a la edad futura, y a sus hijas
reveló así su gloria venidera:
«Si el puñal del odioso fanatismo

y la segur de la cruel barbarie
hoy dominan el mundo, será un tiempo
que extienda la razón su cetro de oro,
y vuestro solio, que lloráis sumido

en la densa tiniebla, al triste caos

de la edad del furor sobrenadando,
se asentará sobre la culta Europa.
¡Oh! ¡cuántas aras erigirse veo,
a vuestro augusto nombre! Sobre el Tíber,
sobre el mudable Sena ya se canta

el triunfo del saber. Ya la poesía
las márgenes del Vístula ()embellece,
y la lira de Safo y la de Alceo
resuena en la nevosa Petersburgo.
La vista empero a la mansión de Alcides

consoladas volved; que a vuestra gloria
la juventud de Cádiz se consagra.
¡Amable juventud! la voz del genio
y el fuego activo de mi santa lira
templada en el Olimpo, sus centellas

derramará en tu seno; y por las playas
do se dilata el Océano inmenso
y por do Betis rinde su tributo
al piélago apacible de occidente,
llevará el eco los sublimes cantos

que oyó Grecia; y al Tíber y al Iliso
no envidiarán las ondas eritreas.
Allí cuando en los reinos de Anfítrite
el carro ardiente bañe, luz templada,
de blando verso y de saber fecunda,

les enviaré de mi encendida frente.
Al templo de la gloria, dulces hijos,
audaces caminad: el santo lauro
y las rosas de Venus os esperan.
Vosotras en la orilla del Permeso

preparadles guirnaldas; y sus nombres
grabad en los alisos de Helicon.»
Dijo; y las Musas sus divinos ojos
al mar de Alcides plácidas volvieron,
y a los caros alumnos sonrieron.

X

En loor de don Juan Meléndez Valdés, restaurador de la poesía española en el siglo XVIII.

Cual la selvosa cumbre de Apenino
de brumas cuaja el erizado invierno
las campiñas de Italia amedrentando;
sus sendas pisa mustio el peregrino,
viendo el arbusto tierno,

y el haya y olmo añoso
con la acopada nieve blanqueando;
y en el otero herboso,
do el sol del mayo derramó luz pura,
triste el pastor y muerta la natura:

o cual la dulce llama de la aurora,
cuando despunta en el rosado oriente,
de las australes Sirtes abortada
horrible tempestad cubre a deshora;
brama el cierzo inclemente;

de la encendida nube
rápido vuela el rayo; y desatada
del mar bravoso sube
enlutando los orbes noche umbría,
que los mortales ojos roba el día:

así envolvió caliginosa niebla
la primer gloria del Parnaso ibero:
tendió el error su cetro despiadado;
y la densa y mortífera tiniebla
oprime en sueño fiero

el genio independiente.
Desde Pirene al Betis, desmayado
muere su fuego ardiente;
y do sonaran cánticos suaves,
sólo se escuchan graznadoras aves.

Yace entre el polvo vil despedazada
la cítara sublime, donde Herrera
de Austria cantó las armas victoriosas:
la lira de Villegas delicada,
y la que más severa

ensalzara hasta el cielo
a Argensola y Rioja, de viciosas
malezas cubre el suelo;
do el estrago y tus hierros contemplando,
sombra del gran León, vagas llorando.

Febo empero al lamento doloroso
de las fugaces Musas compasivo,
vuela en su carro al último occidente.
Airado mira al escuadrón sañoso
hollar lauro y olivo,

y el arpa y laúd sonoro
que fue su gloria. El arco omnipotente
vibra la flecha de oro;
«¿Y qué,» dice «será que el monstruo impío
domine el fértil clima que fue mío?»

«¿Por qué, donde sonaron mis loores
más dulces que en la cumbre del Parnaso,
sus pabellones la barbarie ondea?
¿Por qué los campos, que sembró de amores
la voz de Garcilaso,

triste silencio oprime?
Natura, oye mi voz. El genio sea
que su gracia sublime
restituya a la Musa castellana:
nazca ya el padre de la lira hispana.»

Dijo, y Meléndez fue. La tierna mente
el mismo Apolo informa, y de las ciencias
los arcanos recónditos le inspira:
en sus labios destila miel luciente,
perfumada de esencias.

La delicia del mundo,

dulce amor en su seno ya suspira;
y del carcax fecundo
le da la flecha, que atrevida y blanda
las almas postra y los sentidos manda.

Cual del nevado seno de la aurora
animoso se lanza el sol ardiente
a la roja mansión del mediodía;
alegres ven la tierra y mar sonora
la vida y luz presente:

la natura adormida
despierta en brazos del hermoso día;
y de su rayo herida
la noche con su escuadra rutilante
se sumerge en los piélagos de Atlante:

así el joven gallardo en el regazo
de las sensibles Musas resplandece:
sus primeros acentos destruyeron
de la antigua barbarie el ciego lazo.
Pulsa la lira, y crece

desusada alegría.
Canta: los fieros monstruos ya cayeron;
y al son de su armonía
retoña el lauro, cuya sombra amada
cubrió del docto ibero la morada.

El plectro de oro la sublime Clío
aplica en tanto a la divina lira:
su giro enfrena el espacioso cielo:
el agua pende en el callado río.
Del mar la herviente ira

el austro regalado
templa a deshora; y al hispano suelo,
do el eco alborozado
la dulce voz mil veces reverbera,
anuncia así su gloria venidera:

«Tejed, ninfas de Iberia, la guirnalda

de verde mirto y encendida rosa
al genio celestial, que os amanece.
Cogedlas en la plácida esmeralda,
que la margen deliciosa()

del sacro Tormes llena:
allí el Zurguen, do Filis resplandece,
y la floresta amena,
y las gracias del céfiro inconstante,
y canta amores tiernos tierno amante.»

«O bien de fresco pámpano ceñidle
la pura frente y lira, enajenado
del néctar, que en los vasos centellea.
En las castalias ondas desleídle
el vino máspreciado,

cuando a gozar provoca
las ninfas y pastores del Otea:
que en su risueña boca
dulce beso imprimió Baco y Citeres,
y es padre de las danzas y placeres.»

«Mas cuando ya los años juveniles
caigan como la flor de primavera
ante la edad madura deshojados,
no la sañuda cólera de Aquiles
dirás, ni el asta fiera

de Marte armipotente:
que Venus a tus labios delicados
sólo entonar consiente
del amador los plácidos solaces,
las breves guerras y las blandas paces.»

«O ya si mi deidad a ti descende,
de pompa, majestad y gloria llena,
y en soberano ardor tu pecho tierno
más animosa y atrevida enciende,
la magnífica escena

de las artes hermosas
y el triunfo cantarás, o en el averno

las huestes orgullosas
aprisionadas, que al querub siguieran
y al trono inaccesible se atrevieran.»

«Mas ¿quién podrá a los campos y a las flores
robarte? A ti te ofrece la natura
de su beldad la pompa variada.
Tú festivo entre risas y entre amores,
ya de la rosa pura,

ya del clavel triunfante
celebrarás la gracia delicada;
o al hondo mar de Atlante
lanzarse Apolo entre carmín y grana,
cediendo el cielo a la argentada hermana.»

«O bien la dulce y pastoril avena
robando al tierno Gésner, enlazado
dirás a amor con la virtud sencilla,
la piedad filial, y de la amena
campaña el don preciado,

y la linda pastora,
que entre el pudor y la inocencia brilla
más pura que la aurora,
y cándida beldad y fe constante
ofrece, en premio al venturoso amante.»

«Mas ya vuela el otoño de la vida
sobre tu edad; y entonces más suave,
más apacible sonará tu canto.
Entonces de tu cítara subida
cada suspiro grave

un himno a la natura,
y al Hacedor de la natura santo
será y a la ternura;
dando con tus acentos celestiales
lecciones de virtud a los mortales.

«Aunque, ¡oh mengua! ¡oh baldón! del patrio suelo,
que con tu dulce voz ennobleciste,

lamentas alejado la ira impía,
y los gemidos de tu amargo duelo
Garona escucha triste.

El Ródano insolente
suspende, complacido en tu armonía,
su rápida corriente,
y se florece al canto desusado
la etérea cumbre del Pirene helado.»

«Qué furor, ¡oh crueles! la alma lira
que en sus clemencias os concede Apolo,
así echáis a regiones apartadas?
Así el varón ilustre, ¿por quien gira,
mas rico que el Pactolo

y envidia de naciones,
el breve Tormes? ¿Cuándo renovadas
oiréis ya las canciones
que el céfiro a sus vegas repetía?
¿quién el fuego os dará que genios cría?»

«Mas triunfa tú desde el extraño clima,
viendo los hijos de tú noble aliento.
El orgulloso Tajo, el Dauro, el Betis
tu gloria aclaman ya. Tú el Dios que anima
el español acento;

y en cuanto embravecido
la Iberia ciña el piélagos de Tetis,
serás, libre de olvido,
árbitro de la lira soberano,
y nuevo Apolo del Parnaso hispano.»

Cantó, y la verde cumbre de Helicon
al destino aplaudió del genio ibero:
la alegre frente Anacreón desnuda
del pámpano, y el vaso y la corona
le alarga placentero.

Horacio ve envidioso
al Píndaro español, y le saluda
con ceño respetoso;

y Virgilio, en sus brazos sollozando,
tierna sublimidad le va inspirando.

XI

A la muerte de don Juan Meléndez Valdés.

Et dulces moriens reminiscitur Argos.
VIRG.

No muere el genio, no. Pudo la tumba
encerrar las cenizas
del inmortal Batilo; mas el fuego,
que su divino espíritu animaba,
sobre los siglos vuela,

y a la sublime eternidad anhela.

Y vivirá, mientras al mar de ocaso
los españoles ríos
vuelquen las ondas, que halagó su acento,
y a la beldad y a su cantor enlacen

refulgente corona
las soberanas ninfas de Helicon.

Del amor en el seno y en los brazos()
de la amistad llorosa,
¡ay! exhalaste el último suspiro:

la dulce imagen de la patria amada,
que ennobleció tu lira,
ante tus ojos moribundos gira.

Los cierras a la luz. Con tardas ondas
breve raudal mezquino(),

del sacro Tajo y Betis envidiado,
ignora, cuando riega de tu tumba
las marchitadas flores,
que allí yacen de Iberia los amores.

En tanto más perene monumento,
que los de Roma y Caria,
un rey piadoso a tu memoria eleva().
El bronce muere y se deshace el mármol;
mas el canto divino
no se rinde al imperio del destino.

Tu sombra agradecida se conmueve,
y en el sepulcro helado
circula un rayo de tu hermoso genio;
que por cantar al bienhechor agosto,
hoy de la Parca fiera

la inexorable ley romper quisiera.

Descansa, sombra ilustre: cuantos vates
son hijos de tu aliento
desde el Ebro a la playa gaditana,
cumplirán tu deber; y el sacro nombre

del Pindo en los vergeles
coronarán las Musas de laureles.

Y tú, tierra hospital, que sus cenizas
benigna ocultas, salve;
eterno y dulce abril de flores ciña

y embalsame con aura deliciosa
la humilde tumba, donde
al Tibulo español la Parca esconde.

En ella yace a un lado el plectro de oro
que en ternura sublime

las sonoras cuerdas encendía
y el pámpano y el mirto citereo,
que su lira adornaba,
y del vendado dios rota la aljaba.

Salve, bella Occitania; oh tú, querida

mansión de las Pierias:
su primer llama a trovadores() tiernos
tú viste difundir, cuando sañuda

en fieros torreones
la barbarie arbolaba sus pendones.

Desde el Alpe al selvoso Pirineo
no hay monte, valle o río,
que no acuerde la gloria de las Musas;
a Florián el dulce y virtuoso
el Gard arrebatado

oyó, de madre selva coronado.

Mas allá la Nereida enternecida
aún hoy llora la muerte
del malogrado Garcilaso; el Sorga,
resbalando entre límpidas guijuelas,

cuando halaga las flores,
susurra de Petrarca los amores.

Aquí el margen del rápido Garona
oye los dulces cantos,
que a la sensible Isaura() se consagran;

allí la ninfa del Adur vencido
quiere aplacar con ruegos
la inexorable sombra de Cienfuegos().

¡Oh tierra sacra a Febo! Ya el destino
a tanto nombre ilustre

unió el del padre del Parnaso ibero.
Salve mil veces; y en tu gremio gocen
amado y quieto asilo
los manes del dulcísimo Batilo.

XII

Elogio de Fileno.

Dame, dulce Talía,
tu lira ya templada:
cíñela de las rosas, que colora

con blanda luz el alba nacarada,
trayendo en su regazo al nuevo día,

y del ramo, que adora
el sacro Apolo en el Anfriso ameno,
corona a mi Fileno.

Mientras que yo le canto,
triunfando del olvido,

del bético Parnaso excelsa gloria:
él acalló el horrísono graznido
de infaustos búhos; y el acerbo llanto,
que la antigua victoria
causara del error al coro hermoso

él enjugó piadoso.

Que apenas la ribera
del Betis cristalino
halagó vencedor su dulce acento,
cae desplomado el trono diamantino,

que la barbarie pérfida erigiera;
y ya repite el viento;
vago de flor en flor y de hoja en hoja,
los cantos de Rioja.

Salve mil y mil veces,

¡oh tú, del Dios de Delo
grata delicia, alumno el mas amado,
que vio en su selva el heliconio suelo!
¡oh tú, que entre los genios resplandeces
del Betis celebrado,

cual sobre el coro de la noche umbrosa,
brilla la luna hermosa!

Contra el bando enemigo
no el vengativo rayo
del clario Dios ya implorarás ferviente,

oh tú, cisne del Betis: frío desmayo
le oprime y el silencio es su castigo.
Si el margen floreciente,

el más amado de las Musas santas,
ajó con viles plantas,

hora abatido yace:
canta el vandadio río,
oh mi Fileno, el triunfo soberano:
la bella ninfa de su cauce frío
en las dulces canciones se complace,

que entregada a tu mano
renueva ya en su plácida ribera
la cítara de Herrera.

Y la blanda ternera
del cantor de Heliodora

y el digno acento de sublime lira
Febo nos vuelve con tu voz sonora:
por la amistad tu pecho y la belleza
inocente suspira;
y son de la virtud sacros loores

tus cánticos de amores.

Y luego desdeñando
la trompa horrisonante,
que la guerrera ninfa te ofrecía,
pasas de Edén los muros de diamante,

y de Milton rival cantas llorando
la mansión de alegría,
y el arpa de Sión lúgubre y triste
con sabia mano heriste.

Mas ¡ay! ¿por qué la lira,

cantor divino, arrojas,
y de Grocio y de Locke el genio austero,
súbite invocas? ¿Las amables hojas
desciñes del laurel? ¿Qué Dios te inspira?
¿Hiriote el dardo fiero

de ambición, y a los pueblos y a los reyes
dictar presumes leyes?

No: que oyó el grito horrendo
del ciego fanatismo:
vio de la humanidad el lloro ardiente,

y va a librarla del abierto abismo.
Vedle ya la justicia defendiendo:
ved el pecho inocente,
ya, ya del fiero golpe casi herido,
por su voz defendido.

La saña, y el encono,
y el interés sombrío
sojuzga su elocuencia vencedora;
de la verdad afirma el poderío,

y erige a la clemencia excelso trono;
así la encantadora
voz del tracio en las ísmaras riberas
calmó las ondas fieras.

¡Triunfo al hijo de Apolo!

¡triumfo al varón divino,
del Pindo honor, de la inocencia escudo,
de la amistad modelo peregrino!
No basta a mi Fileno un lauro solo:
cuantos la gloria pudo

plantar ciñendo su inmortal morada,
cogió con mano osada.

Ya el abril refulgente
los valles de Helicon
ledo guarnece de floridas galas:

ya más vistosa y nítida corona
tejen las ninfas para orlar tu frente:
ya las tendidas alas
bate alegre en la cima del Parnaso
el cándido Pegaso.

En ella abierto mira
para ti el templo sacro
de la inmortalidad. ¿El ara ardiente

no ves, do ante el celeste simulacro
sube el incienso en abrasada pira?

Junto al solio eminente
del mismo Apolo entre su lumbre clara
tu solio se prepara.

Allí de esplendor puro
la Iberia enriqueciendo

glorioso triunfarás: himnos sonoros
se entonarán, tu nombre engrandeciendo,
do Betis baña el hispalense muro,
y a sus vates canoros
la docta frente ceñirá tu mano

del lauro soberano.

XIII

A Dalmiro: el genio de su amigo Anfriso no es para la poesía sublime.

Fileno cantará, Dalmiro mío,
con voz, que emule la del sacro Homero,
del primer hombre el ciego desvarío
y el castigo severo:

cómo perdida su feliz morada

el delito a sus hijos dejó en suerte;
y del furor de Dios ministra airada
al mundo entró la muerte.

Mas no tu caro Anfriso el flaco aliento
a la región celeste alzar procura,

ni del sol con funesto atrevimiento
beber la lumbre pura.

El ser inmenso, cuya voz potente
en inmutables polos fijó el mundo,
no osaré yo cantar, ni de su mente

el consejo profundo.

Alas de fuego ciñe, y sublimado
sobre la baja tierra en raudo vuelo,
asciende Milton y penetra osado
las bóvedas del cielo.

A su admirada vista un punto solo
es cuanto abraza la inferior esfera;
y ya bajo sus pies del claro polo
mira arder la lumbrera.

Ve enajenado cuál la estrella ardiente

llena de fuego el eternal vacío,
y en torno de ella la inclinada frente
vuelve el planeta umbrío.

Por región de inaccesible lumbre,
con vuelo más audaz las alas tiende,

y del celeste alcázar en la cumbre
el éter puro hiende.

A las moradas inmortales llega,
do ensalza() al Hacedor el almo coro;
y el abrasado serafín le entrega

templada el arpa de oro.

Sus labios toca; y en la llama santa,
el dilatado pecho enardecido,
del que es el adorable nombre canta,
ser, que será y ha sido.

Mas ¿cómo, gran Jehová, tu alteza anhela
engrandecer el hombre dignamente,
si el querubín del sol su rostro vela
ante tu rostro ardiente?

No de mi débil lira gloria tanta

será en humilde tono oscurecida:
mi Musa ni altanera se levanta,

ni temo vil caída.

Mas dulcemente a ti, cándida aurora,
cantaré, cuando ya tu luz temprana

los horizontes plácida colora
de sonrosada grana;

y cuando ya la pavorosa noche
del nuevo día la venida siente,
y precipita el estrellado coche

al lóbrego occidente.

Y a ti, luciente sol, cuando rompiendo
del alterado mar las ondas frías,
con pura luz los orbes encendiendo
el carro ardiente guías.

Cantaré alegre cuál el verde prado
de variados matices se enriquece,
entre lirios y rosas al ganado
crecido pasto ofrece;

y cual en la corriente placentera

Febo se mira del sereno río,
y su imagen, que activa reverbera,
tiembla en el cristal frío:

o bien cuál el arroyo sonoro
entre lucientes guijas libre salta,

y las flores del margen delicioso
de aljófares esmalta.

¿Pues qué, si la amistad, gloria del hombre,
dulce Dalmiro, canto en la pradera,
y aprende de mi voz tu amado nombre

la vándala ribera?

Salve, santa amistad, sola consuelo,
alivio sola tú de mis pesares:
salve; y atiende desde el alto cielo

benigna mis cantares:

que ya de un corazón atormentado
único gozo y esperanza eres.
En ti busco mi paz, escarmentado
de pérfidos placeres.

XIV

A Dalmiro: imitación de Horacio.

Tú, querido Dalmiro, tú conmigo
del Alpe fiero la nevada cumbre
y los carpacios riscos vencerías:
tú de la Hercinia al intrincado abrigo,
que jamás conoció del sol la lumbre,

y al golfo del lapón me seguirías;
o al piélagos inclemente,
que ciñe al libio ardiente,
o a do el Indo del alba los corales
recibe en sus raudales.

Mas ¡ojalá que el término sereno
de mi vejez consiga en el florido
campo, que baña el Betis sosegado!
Mi triste pecho, de amargura lleno,

olvidará las penas que ha sufrido,
y logrará el reposo suspirado.
No sed del oro insana,
no la ambición tirana,
no del amor el venenoso fuego

turbará mi sosiego.

Allí de un infeliz el fértil suelo
dulce mansión será, donde el aliso
compite al del frondoso Guadiana,
ni es envidiado el refulgente cielo,

que retrata en sus ondas el Anfriso,
donde se eleva de Híspalis ufana
el muro generoso,
y el cerro do lloroso
de Itálica lamenta el peregrino

el mísero destino.

De la pálida Parca el hierro fiero
allí termine mi enojosa vida,
blandamente mis miembros desatando:
tú, amigo, a mi suspiro postrimero

en tu seno darás dulce acogida;
y el no elevado túmulo regando
de helecho y mustias flores,
te verán los pastores
mis cenizas honrar, bañado en llanto,

con el funéreo canto.

XV

A Aristo: la tranquilidad de los alumnos de las Musas: imitación de Horacio.

Las Musas, caro Aristo, dulcemente
al nacer me halagaron,
y de mirto y de lauro refulgente
mi cuna entrelazaron;

y cuando en la apacible primavera

de mi edad vagué solo,
junto al Betis su lira placentera
me dio templada Apolo.

Halló mi juventud abandonada
en su clemencia asilo;

y exento de pesares, mi morada
fue el Helicón tranquilo.

Cuando entre mil cuidados enojosos

se afligen los mortales,
doy al mar y a los vientos tempestosos

la tristeza y los males.

Seguro vivo, si tu antorcha brilla,
alma paz, a la tierra,
y seguro, si esgrime su cuchilla
la enfurecida guerra.

¿Qué a mí, si sobre el Istro caudaloso
Napoleón fulmina,
o el anglo, con mil naves orgulloso,
los piélagos domina?

Tú, que en las puras aguas te complaces

y en abundosas fuentes,
dulce Clío, te pido que me enlaces
las flores refulgentes,

flores cogidas en el fresco abrigo
de tus selvas umbrosas;

y teje de ellas a mi caro amigo
guirnaldas olorosas.

Que sin ti nada pueden mis canciones;
y el nombre de mi Aristo
llevar quisiera en inmortales sonos

de la aurora a Calisto.

Cántalo, Musa, tú. La amistad tierna
es digna de tu lira,
y un alma dulce, que el amor gobierna
y la virtud inspira.

XVI

A Eutimio: que disipe los pesares con el vino.

Imitación de Horacio.

Alaben otros de la sabia Atenas
el antiguo esplendor, ya sepultado
en míseras ruinas;
o ya del Ande las avaras minas,
o de oro y plata el Méjico abastado;

o el fértil campo y márgenes amenas,
que esclavizan al Ródano insolente;
o la ciudad del Soma floreciente,
sobre cenizas pérfidas fundada;
o la que entre las ondas levantada,

del Adria domadora,
libre se juzga y el placer adora.

Cual de Bizancio el elevado muro
ensalzará, que el Bósforo domina,
y cual el rico puerto

de Ulisipo, o al orbe entero abierto
el Támesis nubloso, o la marina,
do pierde su raudal el Elba puro,
de soberbias murallas coronado.
Otros del Rin el valle dilatado

celebrarán y del Danubio errante;
y otros del Sena la ciudad triunfante,
de mudables señores,
aplaudirán con líricos loores.

A mí ni el margen bello del Po frío,

ni del soberbio Tíber las riberas
me son tan deliciosas,
como las puras aguas sonoras
del lento Guadaira, y las praderas
de la humilde Alcalá, y el bosque umbrío,

donde de Baco y del amorpreciado
el mirto con la vid crece enlazado;
y aquellas arboledas florecientes,
humedecidas de perenes fuentes,
cuyos mansos raudales

el sabio moro dividió en canales.

Bien me detenga en su feliz orilla
el Garona extranjero, o ya los sotos
del Nervión florido,
aquel suelo será por mí aplaudido

y objeto dulce de mis tiernos votos.
Allí a la sombra de la vid sencilla
su licor blando la amargura ahuyenta,
cual súbito disipa la tormenta
el puro noto, que la mar envía:

o cual trayendo el sonrosado día
la aurora refulgente,
lanza la noche al lóbrego occidente.

Olvida, olvida con el dulce vino
tus penas, caro Eutimio, ya te quejes

de un amor malhadado,
del venturoso Tajo desterrado,
o ya los montes de Aquitania dejes,
donde te liga el pérfido destino.
De bárbara discordia el grito horrendo

y las civiles armas Pen huyendo;
si páramo desierto o selva umbría
contra la tempestad le defendía,
del viento y la mar brava
con el henchido vaso se burlaba.

Y a los tristes amigos les decía:
«estamos ya en los brazos de la suerte,
oh amados compañeros:
no tan cruel será, como los fieros
que, proclamando libertad, dan muerte.

Dejemos para siempre la isla impía,
do su trono ha sentado el fanatismo;
y las corrientes del cerúleo abismo
y el aquilón impávidos sigamos
y un inocente pueblo establezcamos

en vastas soledades,
que de la Europa ignoren las maldades.»

«De mí fiad: bajo seguras leyes
iguales viviremos y ordenados.
Oh amigos valerosos,

de la antigua Albión restos preciosos,
que visteis vuestros campos abrasados
teñido en sangre el solio de los reyes,
y al execrable usurpador infando
en nombre de la patria degollando,

¿son más que aquellos los presentes males?
Hoy las tristes memorias funerales
con el vino borremos:
mañana al mar inmenso volveremos.»

XVII

La seguridad.

Traducción de Leonard.

Si las tranquilas ondas de occidente
halaga el blando viento,
y jugando en las velas mansamente
las lleva por el húmedo elemento,

siguen mis ojos a la nave alada,

y envidio su ventura;
y vierto, ausente de mi patria amada,
lágrimas de pesar y de ternura.

De gozo salta el corazón, si suena
sobre el golfo batiendo

torcido el remo, y las riberas llena
de los grumetes el festivo estruendo.

Quiero dejar las florecientes cimas,
¿que circundan mi prado,

y llevar a otros mares y a otros climas
el bien y el mal de mi inconstante hado.

Mas cuando en alas de aquilón silboso
la tempestad descende,
y lanzándose el rayo tortuoso
los encrespados piélagos enciende;

me vuelvo entonces al oculto abrigo
de mi humilde cabaña,
que entre las ramas del laurel amigo
burla del rayo y de aquilón la saña;

y exclamo: «venturoso el que dormido
al son del arroyuelo,
ni oyó del mar el áspero bramido
ni vio su espalda amenazar al cielo.»

XVIII

Al sueño. El himno del desgraciado.

El grande y el pequeño
iguales son lo que les dura el sueño.

Desciende a mí, consolador Morfeo,
único Dios que imploro,
antes que muera el esplendor febeo
sobre las playas del adusto moro;

y en tu regazo el importuno día

me encuentre aletargado,
cuando triunfante de la niebla umbría
ascienda al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana
tu calma silenciosa

aquel feliz, que en lecho de oro y grana

estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones
de Pluto y de Citeres,
las que a la tarde fueron ilusiones,

a la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamás la matutina estrella
en tus brazos rendido
al que bebió en los labios de su bella
el suspiro de amor correspondido.

¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
no turbe su contento:
que es perpetua delicia su existencia,
y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace el orbe colorando

la sonrosada aurora,
y el ave sus amores va cantando,
y la copia de abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo
la noche sosegada,

y de trémula luz esmalta el cielo,
y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso
huye en veloz carrera,
une con breve y plácido reposo

las dichas que ha gozado a las que espera.

Mas ¡ay! a un alma, del dolor guarida,
desciende ya propicio:
cuanto me quites de la odiosa vida,
me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿De qué me sirve el súbito alborozo,
que a la aurora resuena,
si al despertar el mundo para el gozo,

solo despierto yo para la pena?

¿De qué el ave canora, o la verdura

del prado, que florece,
si mis ojos no miran su hermosura,
y el universo para mí enmudece?

El ámbar de la vega, el blando ruido,
con que el raudal se lanza,

¿qué son, ¡ay! para el triste, que ha perdido,
último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,
la esfera luminosa:
en vano, de almas tiernas confidente,

los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza, que derrama
a un pecho enamorado,
si su tranquila amortiguada llama
resbala por las faldas del collado,

no es para un corazón, de quien ha huido
la ilusión lisonjera,
cuando pidió, del desengaño herido,
su triste antorcha a la razón severa.

Corta el hilo a mi acerba desventura,

oh tú, sueño piadoso;
que aquellas horas, que tu imperio dura,
se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yazga mi mente
y muerto mi sentido:

empapa el ramo, para herir mi frente,
en las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño
a la ceniza yerta:
solo, ¡ay de mí! que del eterno sueño,

más felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida
fantasmas voladores,
ni los sucesos de mi amarga vida
con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento
la triste imagen fiera:
bástale su malicia al pensamiento,
sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,
que volarán contigo;
y el dolor de perderlos cuando huyeres,
de atreverme a gozar será el castigo.

Deslízate callado y encadena
mi ardiente fantasía;

que asaz libre será para la pena,
cuando me entregues a la luz del día.

Ven, termina la mísera querella
de un pecho acongojado.
¡Imagen de la muerte! después de ella,
eres el bien mayor del desgraciado.

XIX

El mediodía.

¡Cuán sereno esplendor el sol hermoso
derrama por la esfera
ya cercano al cenit! venció su rayo
la niebla oscura de la noche fría;
venció al euro inclemente,

árbitro de los piélagos de oriente.

Y triunfador a la celeste cumbre,
cual monarca glorioso,
asciende al trono de su vasto imperio.
Allí su hoguera inextinguible vierte

en inmensos raudales
luz y vida a los orbes celestiales.

Siente el calor en el recinto umbrío
de la amena enramada
el rebaño, que trisca alborozado:

y el pastor, recostado en el lindero
entre las blandas flores,
canta con dulce avena sus amores.

Se esparce por los valles la vacada:
en el sereno río

juguetón salta el libre pecezuelo,
mientras al son de la segur tardía
de su amorosa pena
el rudo leñador los montes llena.

Salve, benigna luz: celeste llama,

que el hombre animas, salve:
¡cuán deliciosa suavidad serpea
por mis lánguidos miembros! ¡cuán tranquilo
en la verde floresta
me asalta el sueño de la dulce siesta!

Del rayo caluroso van huyendo
por el soto sombrío
la mansa oveja y el pastor cansado;
y el perro, que espantaba vigilante
con áspero ladrido,

bajo el fresco arrayán yace tendido.

Ven, sueño recreador: ya de sus fuegos
el sol ardiente inunda
la dorada mansión del mediodía.
Ven: te invoca la sombra del aliso,

que agita el viento blando,
y el plácido arroyuelo susurrando.

Las aves suspendieron los amores:
sólo su tierno arrullo
la tórtola tal vez del bosque envía.

Ven, dulce sueño, ven: que recostado
sobre la verde grama,
un pecho libre de ambición te llama.

XX

La vegetación.

Ven, suspirado mayo: ya en las urnas
de los últimos piélagos de ocaso
las Pléyadas lluviosas se escondieron:
el hijo silbador del alto polo
encadenado gime en las vertientes

del Dofre estéril: so la algosa Sirte
el ábrego invernal yace oprimido,
y descendiendo del celeste Toro
el céfiro fecundo, entre las flores
rey de la primavera se corona.

A su presencia el germen escondido,
que en su seno abrigó la madre tierra
bajo el hielo sutil, robusto brota
y la llama del ser esparce al mundo.
Siente el vivaz impulso el alto cedro,

que en las bases del monte palestino
afirma sus raíces; y lo siente
la humilde tricolor, que la verdura
con su matiz recamará del prado.
¡Qué océano de vida se derrama

sobre el sediento campo! El pardo velo
ya desaparece, y de brillantes hojas
el desnudo frutal su copa viste.

Fecundidad sonríe, y de sus dones
el más pelado risco se engalana,

y hasta en la ardiente arena del desierto
súbitas islas de verdura brotan.
 D  está la escarcha, que elevó el diciembre
en pirámides mil? Ya desatada,
serpeante arroyuelo, plata y perlas

derrama en los arbustos de su margen.
 Cu l vuelan en las alas del favonio
las semillas de vida, que otros prados
esmaltar n de floreciente gala!
 Cu l recibe en su seno la flor tierna

el polen procreador! Unas alegres
al viento y a la luz abren el cáliz,
lecho de su placer; otras más cautas
entre el matiz de las cerradas hojas
al universo ocultan sus amores.

Creced,  oh hermosas e inocentes flores!
Sed del alba delicia y de la tierra
el más dulce cuidado: sed del hombre
el placer, el consuelo y la esperanza.
El delicado olor de vuestro seno

al alto cielo suba, cual tributo
del mundo agradecido: la hermosura,
sencilla e inocente cual vosotras,
para adorno del pecho o de la frente
a las perlas del Ganges os prefiera.

Mas  oh!  qu n debilita los matices
que pintaban el prado? El sol impío
 por qué a la rosa en su esplendor temprano
el pétalo luciente descolora?
 Por qué, verdor hermoso, que cubr as

las abundantes mieses, vas dejando
el vástago gentil, y en ruda avena
y en raspa adusta se troc  tu pompa?
Y t , blando azahar, que de oro y nieve
los pensiles atlánticos ce niste,

y a la amable deidad de las praderas
colmaste de tu aroma el lindo seno,
¿por qué marchito sin honor ni gloria
al pie del árbol hacinado yaces?

Mas ¡ay! fuerza es ceder, flor desgraciada,

al hado inexorable. Si te adorna
del pétalo pomposo la natura,
no, no es por ti: los rayos fecundantes
en él se quiebran de la luz: tu seno
con sus vivaces fuegos penetrando,

el dulce fruto, que abrigaste, animan.
Breve es tu edad, y víctima pereces
del crudo amor: como el placer humano,
así blando y fugaz pasó tu brillo.
Mas fue tu vida hermosa. El fresco ambiente

con tu fragancia saludable y pura
templaste para el hombre: si hora yaces,
lastimosa beldad, lánguida y mustia,
benéfica en tu muerte, el suave fruto,
memoria tuya y de tu amor, nos dejas.

Mira cuál vaga entre montones de oro
alegre el labrador, y recogiendo
el sabroso alimento de los hombres,
arrostra el sol ardiente del estío.
Mira cuál corta de la vid frondosa

los purpúreos racimos: cuál derriba
del pintado vergel las dulces pomos.

Salve, naturaleza bienhechora,
que la esperanza y el placer del hombre
y el adorno del mundo al puro seno

de las amables plantas confiaste.
Salve: jamás del labio agradecido,
jamás del pecho, que benigna inspiras,
el himno faltará de tus loores.

